

EL P. VICTORINO RODRIGUEZ, O. P.
Y LA ESCOLASTICA, HOY

PRESENTACIÓN DEL LIBRO "TEMAS-CLAVE DE HUMANISMO
CRISTIANO"

POR

VICENTE MARRERO

Entre quienes hemos tratado al P. Victorino —en mi caso desde hace ya algunos años—, además de admirarle y quererle como quien fácilmente se hace querer por su saber y su *sancta simplicitas*, raro resulta aquel que a estas alturas no le haya hecho indefectiblemente la consabida pregunta: ¿por qué no se ha decidido antes a publicar libros? O, lo que es lo mismo, ¿por qué siquiera no ha reunido en volúmenes varios de los múltiples artículos dispersos aparecidos en diversas revistas, agotados ya sus números y difíciles de localizar dada la especialización de algunas de ellas con el inconveniente de estar publicadas en el extranjero muchas de sus ediciones? Me consta que ha insistido en ello, además de un grupo cada vez más nutrido y selecto de lectores amigos, algunos entre los más sabios y singularizados de sus hermanos de religión. Accediendo fundamentalmente a ese deseo se reedita ahora una selección de dieciséis de estos trabajos sobre un tema común y tan actual, abordado desde distintos aspectos: el del humanismo cristiano.

Modo de ser y de proceder.

Pero antes de hablar en concreto de este volumen deseo hacer constar que en los círculos académicos más cotizados se reconoce la subida razón de ser de este tipo de artículo de revista, especializado, monográfico, circunscrito a avatares concretos, y, con frecuencia, circunstanciales. Reconocimiento de tal índole hace que su entidad pase por la más genuina de una sincera y empeñada labor científica. Y, en el caso del P. Victorino, sujeta a las más altas presiones entitativas, a la par que a una candente actualidad.

No comprendo, por ello, cómo cierto sector de nuestra crítica saca a relucir todavía en tono despectivo y a todas luces infundado, un afán que trata de descalificar al libro que se presenta como «mera» reunión de trabajos ya publicados. Lo contrario parece más bien lo pertinente, sobre todo en el campo de la ciencia. Al menos como prueba de una solvencia y dedicación que impone la realidad de esta clase de libros. Al fin y al cabo, es el que predomina hoy en los medios científicos más acreditados. Resulta superfluo aducir nombres entre los más encumbrados hoy en sus respectivas especialidades. Verdaderos dechados que han prosperado en nuestro tiempo al aire de una reciente especialización que disipa cualquier sombra sobre este modo de confeccionar volúmenes, conservando, como tal, sin ningún género de duda, las prerrogativas del más elevado rango académico. Personalmente confieso que no tengo nada contra este tipo de separatas de amigos tan sabios como el P. Victorino. Antes, me siento más bien como un impenitente «separatista», sin que se eche en saco roto que alguno que otro amigo que conozco, a fuerza de separatas, ha llegado a ser ministro en esta España de nuestras cuitas.

Por más señas, se equivocan quienes sospechen que la obra del P. Victorino carece de cuerpo suficiente para formar ya media docena de obras como la presente, tanto por el interés de la materia estudiada como por la calidad de su enfoque. Quien le haya echado una ojeada a la bio-bibliografía que figura en las páginas de este libro podrá fácilmente formarse una idea de sus largos y enjundiosos estudios dedicados a la Antropología filosófica, o a la libertad, o los ceñidos a la metodología científica de las disciplinas que más en especial cultiva, singularmente la metafísica y la teológica; aparte de los escritos que dan la impresión de caérseles como migajas de su mesa de trabajo consagrados a Karl Rahner, a Hans Küng y a algún teólogo de campanillas de nuestros lares... Trabajos que, para su sorpresa, son los que un tanto paradójicamente más fama le han dado y, seguramente, de los que más han contribuido a que se le invite a dar conferencias en medios docentes extranjeros.

Así, recientemente, acaba de dar un ciclo de conferencias en los Estados Unidos —en Nueva York y en St. Albertis House of Studies de Berkeley—, sorprendiendo a los norteamericanos con lo que les decía sobre la libertad, y sorprendiendo éstos, a su vez, al P. Victorino, que se encontró con un folleto impreso en inglés con la mayor rapidez imaginable y según los medios técnicos de impresión más avanzados, dedicado al magisterio del P. Ramírez y a la labor de *Father Victorino Rodríguez y Rodríguez*. *A new*

Light in the Firmament of Thomism (New York, 1984). Otro tanto o muy parecido le había sucedido en Argentina, pues son muchas las peripecias y sorpresas que rodean a estos artículos, trabajos y conferencias un tanto desperdigados. Algunos son de muy escasas páginas. Otros, textos íntegros o resúmenes de sonadas intervenciones en Congresos, como en el del Internacional de Roma-Nápoles, de 1974, celebrado con motivo del VII Centenario de la muerte de Santo Tomás, en el que la exposición de su extraordinaria conferencia sobre la antropología tomista fue voluntariamente reducida para dar tiempo a la del entonces cardenal Wojtyła, hoy Pontífice felizmente reinante, por coincidir en la materia; o en el internacional dedicado a Teoría y Praxis, Génova-Barcelona, 1976, donde trazó magistralmente la trayectoria histórica de la alternativa contemplación-acción, situando en su propio lugar la «ortopraxis»; o en el Internacional Tomista de Roma, 1980, en conmemoración centenaria de la encíclica *Aeterni Patris*, donde reivindicó, en una intervención fulgurante, en sesión plenaria, la autenticidad tomista del *ens in quantum ens* como objeto de la Metafísica, frente a la pretensión de hacerlo coincidir con el *actus essendi* o existencia. ¡Como si la distinción real de *essentia et esse* —argumentó con lógica aplastante el P. Victorino— no fuese el resultado de un análisis metafísico del *ens in quantum ens*! En aquel mismo congreso de 1980 causó impresión su aportación esclarecedora de la metafísica del derecho, que debió repetir posteriormente en la Universidad de Buenos Aires.

Muy sonada había sido también la puntualización a la versión que había dado monseñor Pietro Pavan, consejero muy cercano a Juan XXIII en la redacción de la *Pacem in terris*, a los derechos de la «conciencia recta», contribuyendo a su mayor precisión y coherencia, sin veleidades suarecianas, en las futuras alusiones a esta expresión, que había resultado ambigua en el magisterio de los Papas posteriores, como puede comprobar el lector atento en este mismo volumen.

Fidelidad.

Quien trate de dar con el secreto de sus aciertos más reconocidos o de algunas de sus intervenciones más comentadas, como las mencionadas en esos congresos internacionales, ha de tener muy presente, además de su formación y de su dedicación a la docencia —de lo que tiene el lector cumplida información en las mencionadas páginas bio-bibliográficas—, que el P. Vic-

torino figura como uno de los discípulos más fieles y estimados del célebre P. Ramírez. Como que es el editor y albacea de su obra planeada en cuarenta volúmenes en la edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de los que han salido hasta la fecha tan sólo dieciséis de respetable grosor. Edición lamentablemente interrumpida en 1974, cuando está llamada, en su campo, a cumplir un cometido similar a la obra de Menéndez Pelayo en el suyo.

Propugna el P. Ramírez que los mismos discípulos de los grandes maestros han de aprender a ver las cosas por sí mismos, reviviendo, en cierto modo, el proceso inventivo de quien primero lo descubrió. De otra suerte no habría ciencia, sino fe humana. Y a esto, de tejas abajo, se le llama fanatismo, aunque impropriamente se le quiera revestir de espíritu filosófico.

Vigorosa personalidad, figura arquetípica la del P. Ramírez, con su trayectoria vital de hombre de Dios en la tenacidad clara y serena de una estrella en el firmamento más sólido de nuestro patrimonio cultural. Un ejemplo supremo de fidelidad a sí mismo, a la propia vocación, a los postulados de las circunstancias en que vive y a los principios abrazados desde la edad temprana con sinceridad clara y enamorada. Fidelidad a sí mismo que igualmente se advierte en sus discípulos, aun dentro del conjunto sintético-sistemático, que es, en último término, lo que caracteriza al sabio sin detrimento en ser únicos en temas determinados. ¿O, acaso, como el P. Victorino, no conserva su personalidad más *sui generis* el P. Urdániz en sus confrontaciones con las figuras de nuestro tiempo, o el P. Fraile en sus estudios históricos; o el P. Bandera en sus comentarios eclesiológicos basados en el Vaticano II, o en sus estudios sobre la Teología de la liberación; o el P. Maximiliano García Cordero en sus estudios escriturísticos...? Nombres entre lo más granado del pensamiento católico español contemporáneo, en los que no se insistirá bastante sobre la influencia que en ellos ejercieron celeberrimos maestros como Arintero, Colunga, Beltrán de Heredia, Ramírez... Y como este grupo podrían citarse otros de distintas órdenes y centros académicos que ofrecen características similares. Aparte de los profesores, pensadores y escritores seculares que, en la escuela que aquí nos ha interesado más de cerca, han desempeñado su papel, digno de todo encomio, como los de Leopoldo-Eulogio Palacios, González Alvarez, García López, Millán Puelles, Canals, J. M. Gamba...

No voy a repetir ahora del P. Ramírez lo que ya dejé escrito en el volumen que le dediqué hace ya algunos años (C. S. I. C.,

1971), al iniciarse la publicación de su *Opera omnia*. Nadie, sin embargo, más indicado que el P. Victorino para que salde la deuda contraída con su maestro y le dedique la obra que nos debe sobre la novedad y trascendencia de los logros que su magisterio derramó a manos llenas en miles de páginas rezumando profundos pensamientos. Libros que él preparó con tanto mimo, y que el P. Victorino ha sacado de la oscuridad que a sí mismo se impuso el P. Ramírez. ¿Ouíen como él conoce la singularidad de estos logros, lo más interno y medular de sus vicisitudes, sus coincidencias y particularidades características ante disputas que son seculares y en cuestiones que siempre trata el P. Ramírez impecablemente a *summis et altissimis*?

Es verdad —obras son amores, y no buenas razones— que el P. Victorino ha tomado sobre sus hombros la pesada tarea de emplearse a fondo, en la edición de la *opera omnia* del P. Ramírez, con el íntimo convencimiento de realizar una gran obra y dispuesto a coronarla si de él dependiese lo más pronto posible. Pero no es menos cierto, que por conocerla como nadie en toda su extensión y profundidad y, sobre todo, por ser el testigo más cercano del escrupuloso desseo de perfeccionar más y más la exposición que el P. Ramírez se resistía dar a la imprenta, dejando de algunas de ellas varias versiones, nadie también más indicado que él para este menester de urgencia con el que hace tiempo le importuno sacándole de sus casillas.

Insisto sobre ello y, sobre todo, pienso en lo que supone en nuestro contexto cultural actual una escuela de tan acrisolada solvencia y fecundidad como la de la mejor escolástica. Y no tanto por su nitidez de línea, característica de casi todo aquel que ha pasado por tan dura y eficaz escuela, como por la claridad en profundidad de un castellano, más que precioso o preciosista, preciso, del que tanta necesidad tenemos todos en estos tiempos de consumada ambigüedad. Un castellano hecho para dibujar con estilete sin utilizar el pastel ni el difumino, brillante y limpio como un diamante. Y por eso también a veces algo cortante. Pero en aras siempre de una fidelidad a la misma verdad, antes que a personas y a escuelas. Cuestión esta capital de la que ha hablado magistralmente el propio autor en las páginas que el atento lector podrá leer en este volumen.

Alguna vez en plan de sorna le he dicho al P. Victorino que en buena medida es inconsciente de lo que supone en nuestro tiempo, y, más en concreto, en nuestro panorama cultural patrio una buena formación escolástica, como lo suya, de la mejor ley. Escolástica tantas veces criticada de la manera más infundada como

si fuese una mera fábrica de sentencias, ignorando que el juicio está hecho para eso, y que sólo sentencia debidamente quien tiene base suficiente para hacerlo. Sobre el particular —hablo de juicio, y no todo en el hombre, por supuesto, se reduce a juzgar— siento no extenderme más como hubiera sido mi deseo, con ánimo de salir al paso de quienes creen que por oír campanas, o porque no les pille de sorpresa la mera existencia de algunos nombres, por lo general extranjeros, o porque tienen al alcance de la mano ciertas exposiciones más o menos dramatizadas, ya, por ello, se está a la altura de las circunstancias. La escueta realidad nos revela que las soluciones suelen estar muy lejos de su alcance, y el verdadero estado de la cuestión las más de las veces se reduce a un problema de decisión y de formación personal.

No se exagera, pues, cuando se sostiene que en cada generación un número muy reducido de personas que se cuenta, y se queda uno corto, con los dedos de la mano, puede hacer gala de una sólida y esmerada disciplina filosófica. Disciplina lamentablemente sacada de quicio en filosofías que cada vez más se han ido deteriorando y perdiendo lo que siempre se ha visto como su buen espíritu. Los graves trastornos observados últimamente en el campo teológico hunden en esta deficiencia filosófica sus raíces más salientes o más al aire.

No es este el caso del P. Victorino ni lo que trasluce la propiedad de su castellano, sangrado de agudos latines. Lenguaje nítido el suyo, que si en ocasiones resulta difícil de leer no lo es por la traza llana de su escritura sino por su enzimado arte de pensar. Este fraile dominico, sacerdote de Cristo ejemplar, actualmente Prior de la casa de religión que sus hermanos tienen en la calle madrileña de Claudio Coello (una de las casas más en forma en la panorámica actual del catolicismo de Occidente), es uno de los españoles de más cautivador españolismo que he conocido (como su maestro, el P. Ramírez, que refutan por sí solos cualquier desvirtuación de todo pensamiento serio sobre el patriotismo en sí)..., no en vano ha figurado en los medios académicos más acreditados de la Cristiandad de hoy, desde su cátedra salmantina y la Academia Pontificia de Teología, a sus colaboradores en los años del Concilio con los padres conciliares y sus intervenciones en congresos internacionales de filosofía...

Por alguna razón congénita se halla el P. Victorino avezado, desde sus años mozos, a actos tan singulares como los típicamente escolásticos, con su *thesis probanda et defendenda*, sus célebres *quaestiones disputandae* o *quodlibet*, entre argumentos

quia o ad hominem o propter quid... et sic videtur satis probata thesis... Tesis con las que todo estudiante dominico ha tratado de emular la independencia y seguridad de juicio de la insólita intervención de aquel mozo de otros tiempos, Tomás de Aquino, que asombró a su maestro Alberto el Magno, contra quien argumentaba, al tratar éste de probar delante de sus discípulos el talento de Tomás.

No ignoro que este modo ergotista de argumentar, típicamente escolástico, carece hoy de buena prensa. Se han encargado de echar leña al fuego entre nosotros —de lo que he hablado en otro lugar— hombres tan cimeros como los de Antonio Machado, el Dr. Marañón, el mismo d'Ors, no digamos Unamuno y Ortega... Podríamos decir que casi toda la plana mayor de nuestra moderna cultura oficiosa, salvo Menéndez Pelayo, con sus sabios aunque muy circunstanciales peros; Maeztu, con sus lagunas y querencias filosóficas de origen; Asín y Palacio, con sus proclividades de agregio arabista; Gerado Diego, con sus piruetas y afán de novedades; Zubiri, con su especioso, forzado y muy enrevesado espíritu de originalidad...; pero, no tardará mucho, cuando amaine esta ola de excesivo historicismo, perspectivismo, vitalismo, neopositivismo, relativismo... —irracionalismo en el fondo— que todavía nos asola, para que la escolástica se valore como merece, según el lugar que le corresponde en la cultura occidental y más en especial en la nuestra.

Ya muchos de los que le afearon a los escolásticos de estos tiempos desapacibles que fuesen tan contenciosos, vociferantes y, en muchas ocasiones, intransigentes ante el hueco aterrador dejado por la herida abierta en la ausencia de un auténtico pensamiento, han sido de los primeros en exclamar, con Antonio Machado, el más poeta de estos críticos desconsiderados:

¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!

Algo similar podríamos adjuntar de otras facetas de nuestra vida cultural que se han querido contemplar, marginando del todo a la escolástica o desde laderas especulativas que nada o muy poco tienen que ver con ella. Incomprensiblemente es lo que ha sucedido con el tan cacareado tacitismo de nuestro Siglo de Oro, presentado gratuitamente como repulsa de una escolástica especulación abstracta; o con las interpretaciones de que ha sido objeto Calderón del que, entre nosotros, a estas alturas (no se sabe qué hacer con su arte tan soberano) o con las ver-

siones de que ha sido víctima el sentido de la prudencia en Gracián, o las controversias en torno a la poesía de Góngora, inclusive acerca de nuestros místicos o de nuestros pensadores políticos del siglo áureo o de nuestro pasado más inmediato... Y de materias como las aludidas podríamos presentar una lista mucho más nutrida... Pero si en ellas se tropieza irremisiblemente con la escolástica, también irremisiblemente en nuestra panorámica cultural parece hacerse lo indecible para dar más bien un rodeo y evitar tropezar con ella, o, lo que es peor, que se le silencie. Obvia inclemencia, como si la escolástica no significase, al menos, lo que significa en su más escueta y propia entidad, que, justamente, no tiene nada de fumista o de pigmea.

El presente volumen.

Pero ciñéndome al presente volumen y sin ánimo de explayarme en más consideraciones generales, quienes son conscientes del problema que de pasada aludo valorarán en todo su alcance lo que supone, en las actuales circunstancias, tratar de redimir, como hace el P. Victorino, el concepto del humanismo cristiano, tan vindicado por los últimos Pontífices y, de manera muy singular, por el actual. Concepción que, por diversas y muy diferentes particularidades, se ha prestado a distintas interpretaciones. Sobre todo con las lastradas del antropocentrismo como se advierte en los distintos modos con que en los años posconciliares se ha intentado explicar la armonía entre lo natural y lo sobrenatural y hasta en las maneras tan dispares con que se ha glosado en ocasiones el mismo humanismo de Santo Tomás.

Humanismo que, contemplado con amplitud de horizonte, si se presenta de cara ante una auténtica realidad de la libertad así como ante una valoración inequívoca de la conciencia, con todas sus vinculaciones, ya se trate de la vocación humana, de la personalización de la cultura o de las raíces metafísicas del derecho... —en definitiva, la materia tratada en este libro—; al determinarse este humanismo como cristiano ha de situarse, decididamente, ante un sentido teologal de la existencia del hombre penetrada por Dios en todos los órdenes de ser, naturaleza, acción, gracia...

Con lo que aduzco, Dios me libre, no trato de hacer escolásticos, aunque estamos todos tan necesitados de ellos; ni siquiera de rozar tangencialmente cualquier tipo de reclamo de dudosa entidad ética. Nadie —es una obviedad recordarlo— se hace escolástico de la noche a la mañana. Me interesa tan sólo

evocar su garantía, su secular, probada y consistente calidad, que otra cosa no significa esta clase de escolar disciplina. Al menos, aunque sólo fuese por su sentido inequívoco y consistente de la claridad, presupone una filosofía de la distinción. Una repulsa por principio a todo lo que suene a irrealidad, vaciedad, mentira, ambigüedad..., de tal suerte que quien medite sobre la materia no se le pasarán fácilmente por alto, en la acual y crítica situación que vive el mundo y, más en concreto nuestro país, las ventajas de una escuela de sus características innegables y reconocidas.

El más profano en la materia no ignora que, como método filosófico, la escolástica entraña una muy singular técnica de exposición en la que muchos suelen naufragar, dada la atosigante abundancia de terribles simplificadores que parecen haberse momentáneamente apoderado de los enclaves que determinan la imagen o el estado actual de nuestras letras. Pero no puedo remediarlo. Cuando oigo a alguien manifestar cierta prevención ante el uso terminológico habitual de la escolástica —que en buena medida se reduce hoy a saber bien latín— me viene a la mente lo que a E. Gilson le decía el P. Ramírez en su celda de Salamanca, con ánimo de que dejaran de inquietar a figuras como Gabriel Marcel, que tenía muy poco de escolástico y que seguía su senda propia en filosofía. Como antes y después de San Agustín, muchos habían seguido respectivamente la suya. Y ya que ha salido el nombre del gran africano me place recordar que, personalmente, no he oído a otro panegirista que lo haya exaltado tanto como el P. Ramírez.

Si la escolástica fuese tan sólo eso: metodología, técnica expositiva, precisión terminológica... sería muy poca cosa. De sobra se sabe que su modo de filosofar, eminentemente aristotélico, figura con el hegeliano entre los más enrevesados de todos los tiempos: pero la escolástica es mucho más que eso. Su almendra filosófica es la más común, y su doctor por antonomasia tan común como angélico.

No se trata, insisto —y creo que al P. Victorino no le disgustará que esto se diga aquí—, de resaltar los perfiles y aristas salientes y brillantes de una escuela como la suya, sino de mostrar su ejecutoria y fecundidad. Sobre todo de señalar la enorme laguna que ha supuesto el silencio que muchos se han empeñado en extender sobre su consistencia en nuestro moderno contexto cultural patrio. Y nada menos extraño, por consiguiente, que sea incesantemente un problema de identidad el que se plantea en un tal contexto y en un mundo que se caracteriza por la

crisis de certezas, y en cuyo horizonte no se ve ahora viabilidad alguna para desmontar el poder o la ocupación cultural de la izquierda en una Europa, por lo visto, condenada a vivir de su praxis, de su fracaso y de su miseria.

Realidad de realidades.

La escolástica, en pocas palabras, no tiene otro secreto que el de su voluntad de realidad y su inteligencia de la suma realidad de las realidades. Si ha chocado tanto con lo que se ha solido llamar modernidad —vocablo de índole más conceptual que cronológica—, su explicación última no es otra que un choque entre realidad y ambigüedad, plenitud ontológica e indigencia metafísica, verdad y equivocidad, afirmación y negación. Choque en el que la escolástica se ha ido quedando cada vez más sola en el panorama cultural que brinda hoy el mundo. Sola en tanto que se va viendo que es más bien sólo ella la que todavía parece capaz de sentirse con fuerzas suficientes para formular algo que recuerde a lo que es una tesis de verdad. Con razón, Chesterton se entusiasmaba con el espíritu medieval que aún ardía en el corazón del mismo Lutero al formular las suyas y clavarlas con su desafío en la puerta de su Iglesia. Cosa que parece estar cada vez más vedada a la mentalidad contemporánea —historicismo, relativismo, perceptivismo, vitalismo, existencialismo...—, revelándose, por ello, incapaz de formular tesis propiamente dichas. Otra explicación no tiene el origen de la tan reconocida ambigüedad y extendida confusión en la que hay hoy universal acuerdo en denunciar.

Si un buen espíritu escolástico parece brillar ahora por su ausencia en nuestro panorama cultural, más aireado públicamente, y mucho más si como españoles somos conscientes de lo que ha significado para el modo más habitual con que lo ha entrañado nuestra península, designada por algunos liberales del siglo pasado como «Península de la escolástica» no se olvida fácilmente, de una parte, su contribución positiva al confundirse con la envidiable propiedad y sobriedad de nuestra lengua, desde el refranero más popular al auto sacramental más encumbreado, pasando por todas las artes, singularmente las más extendidas popularmente, y por los consejeros de príncipes y cátedras universitarias y todo lo que, comúnmente, se designa todavía, aunque un tanto vagamente, como realismo español...; de otra parte, no se ha de infravalorar, a juzgar por sus desazonadoras consecuencias, lo que, en última instancia ha supuesto una ene-

miga declarada a su verdadero espíritu, sobre todo desde los años de la Ilustración, cuyas últimas ramificaciones se compendian en muy recientes y ya mencionados enconos, en ocasiones muy mal disimulados, así como en las actitudes equívocas de quienes eran los menos indicados para esta clase de alardes en el estado actual de nuestro descentrado mundillo intelectual.

El hecho innegable es que, cada vez, a juzgar por lo que ahora se suele leer en la crítica volandera de los diarios, abundan quienes consideran trasnochado interesarse por las cuestiones planteadas por lo que se tiende a ver como vieja escolástica, contra el parecer constante e insistentemente formulado por el magisterio de la Iglesia católica que, abiertamente, propugna su reconocimiento y exaltación. Actitud que no puede ser más sincera y consciente y que sin dificultad se comprende, aunque suele malentenderla quien la interpreta desde otro ángulo de mira, como si este magisterio, por antonomasia, tratase de imponer a la fuerza un tipo de filosofía o un exclusivo modo de filosofar. Se comprende como se comprende la escueta verdad, rigurosamente histórica, por muy enigmático que pudiera parecer a muchos este reconocimiento. Cierto que no es nada fácil encontrar un cuerpo de doctrina que, permaneciendo constante y fiel a sí misma, al menos en sus partes esenciales, haya superado felizmente la prueba y el peligro del tiempo; pero no es menos cierto que esto resulte de lo más natural, si se considera que el hombre no es sólo racional, sino que lo es desde que existe, como igualmente otros muchos conocimientos que se encuentran plenamente establecidos desde tiempos inmemoriales. ¿Por qué la misma razón no ha de tener sus mismas exigencias? ¿O, acaso, resulta humanamente soportable algo que pudiera equipararse al constante cambio del cambio como si nada tuviera consistencia en nuestros amores, preferencias o cuidados? Admira sobremanera en escolásticos, como el P. Victorino, que, en la dirección acentuada por su maestro, el P. Ramírez, siga con renovada fidelidad el *sensus Ecclesiae* de la línea trazada por su magisterio. Y tan es así que los leves retoques que se advierten en la reproducción de los trabajos aquí recopilados se han hecho sólo en el sentido de ponerlos al día con las citas de las últimas encíclicas e indicaciones pontificias.

Por algo Santo Tomás, el maestro vindicado constante y abiertamente por el P. Victorino desde que comenzó a escribir de filosofía y teología, es el maestro iluminado por la luz de la fe, guiado siempre por la naturaleza y sirviéndose de los Santos Padres y de Aristóteles; si por algo, también, es precisamente el

representante del magisterio más perenne que a los ojos de las Iglesias católicas y de sus fieles seguidores ha superado el paso de los siglos. Y la razón más profunda de esto es que tuvo la suficiente humildad para recibir la verdad, dondequiera que la encontrara, e incorporarla a su sistema, pues es este amor a la verdad el que explica la perennidad de su doctrina. A este respecto escribe de Santo Tomás, su excelente comentador, el cardenal Cayetano, lo que Gilson gusta de repetir: que por haber venerado Santo Tomás del modo que veneró a sus antecesores, de alguna manera había heredado la inteligencia de todos ellos, con la particularidad de que al aceptar toda verdad, dondequiera que la encuentre, al mismo tiempo hace gala de la más sana libertad.

Así, la escolástica, y Santo Tomás a su cabeza, no es de derecha ni de izquierda; es tradicional y progresiva —*tradita et nova*—; va de lo immanente a lo trascendente, e inspira tanto la justificación del Estado como el servicio de éste a la persona humana. Pero no hay duda que entre un democristiano inspirado en Santo Tomás y, sin ir más lejos, un P. Víctor Rodríguez y un simple demócrata, hay diferencias notables, sobre todo de talante o de temperamento. Pero, en definitiva, esta diferencia se reduce a una cuestión de consistencia, a los mismos principios que se aducen. Y, en cualquier interpretación, no se trata de una novedad que nos vendría de Francia o de los Estados Unidos. Iluminada por Roma, nos vino, universalmente, de la antigua Grecia, y antes de pasar por la Sorbona o por Nueva York pasó, si se quiere ver así, por el norte de Africa, por la cuenca del Mediterráneo o por la escuela de traductores del Toledo medieval...

Así, quienes suelen motejar ahora a los escolásticos españoles de nacional-católicos, tendrán que probar antes de cómo es posible encontrar en ella particularismo cultural alguno. Y, mucho menos, del tipo que se advierte en los conservadurismos sin alma, tan desmedulados como trasnochados e igualmente en progresistas descastados, de típico signo izquierdoide.

Tampoco se trata de una actitud unilateral o exclusivamente intelectualista como tantas veces ha sido denostada injustamente el tomismo. Pocos entre ellos han comentado con tanta asiduidad como el P. Victorino el modo como Santo Tomás vindica el papel de la voluntad superior, en ciertos cometidos importantes de la misma inteligencia, así como en la cuestión del conocimiento natural de Dios en la hoy tan agitada cuestión del ateísmo contemporáneo.

Los escolásticos españoles.

Basten estas breves connotaciones para percatarse, de entrada, de lo tonificador y reconfortante que resulta ver demostrado en figuras como la del P. Ramírez y en sus discípulos más caracterizados, que no se han agotado las grandes virtudes universales de un pueblo, y que éstas dan siempre sus frutos más propios cuando sus gentes se abrazan a una escuela de pensamiento con natural y proporcionada a su genio. Muy escasas veces se ha visto en el panorama del pensamiento español contemporáneo una fe tan consumada en la razón y en la ciencia como la que se advierte en figuras como la del P. Ramírez y sus seguidores y discípulos. El P. Victorino, que ha acertado, por ejemplo, en resaltar la singular aportación del P. Ramírez en su obra *De habitibus in comuni* al trasladar lo que esto significa metafísicamente en nuestra conducta (de lo que ha hecho en este volumen una glosa magistral, tanto por lo que se refiere a la personalización de la cultura como en el sentido ético de la política y metafísica de derecho), nos revela al mismo tiempo que nada se halla más alejado de las angustiadas cavilaciones que sobre el ser de España se viene sucediendo entre nosotros desde hace más de un siglo. Algunas tan sumamente patéticas y aún melodramáticas con sus conocidas y manidas lucubraciones, que si bien tratan ahora de reaccionar ante actitudes calificadas de excesivamente esencialistas, no suelen tener presente qué quienes así se manifiestan ahora son, precisamente, los que más han encayado en deficientes concepciones filosóficas, bien se trate de la doctrina romántica del *Volgeist*, de hipostaciones idealistas o de escisiones drásticas e irreconciliables, que no guardan equivalencia alguna con la visión habitual y metafísica de la realidad, como es la propiamente escolástica. A muy pocos se le oculta que tan aireados hipercríticos tratan, en última instancia, de paliar la expresión de un inevitable descontento, sin embargo, lo que está en juego es una desazón de raíz, de índole vocacional, personal, existencial, con más base en nuestro sentido de la virtud de lo que comúnmente se pregona. De esto, con singular propiedad, habla también el P. Victorino en el presente volumen.

No obstante, algo parece haber fallado de manera ostentosa en la escolástica contemporánea y, más en concreto, entre los escolásticos españoles de nuestro tiempo. ¿Endeblez o escasez de los puentes que han intentado alzar hacia la mentalidad contem-

poránea, bien para vindicarla en lo que tiene de acertada o para denostarla en lo que presenta de censurable? ¿Tal vez exceso de espíritu defensivo, falta de interés por el entorno filosófico circundante, ánimo acomplejado ante el predominio extranjerizante inclusive, salvo honrosas excepciones, en el estudio de nuestros místicos y aún de nuestros escolásticos del pasado?... Es este un campo en el que no hay por qué extenderse aquí, pero tampoco para abrigar complejo alguno, como revela por su calidad y número el profesorado español de Roma, pues no sólo en Marburg, Harvard o Londres se dan patentes de filósofos y de filosofía.

Resulta extraño, sin embargo, que unas cosas se queden en la mente más que otras. Algo hay en nosotros que confunde las vacilaciones y debilidades con las últimas manifestaciones de nuestra existencia, como si lo que se ventilase en la esfera del pensamiento, más o menos aireados nacional e internacionalmente, se plantease también en nuestras esferas más íntimas. De modo similar a como avanzamos en el tiempo sin avanzar si no se ganan bazas en lo que propiamente es el campo del espíritu.

Y entre lo que pudiera criticarse como falta de atención hacia lo más fundamental o, si se prefiere, de excesiva condescendencia ante lo que no es más que mero polvillo de las filosofías del momento, solemos pasar de lado o no se le da el debido realce a lo que significa, de manera global, la ascendencia de verdad, entre nosotros, de un espíritu inequívocamente escolástico.

Se insiste ahora en que el nuevo modo de filosofar y de pensar, que ha pasado a ser característico del siglo, ha surgido al compás de una revolución cultural muy profunda, y se pasa como sobre ascuas por nombres tan cimeros como los de Bergson, Brentano, Husserl, Scheler, no digamos Heidegger o Zubiri, no ha han cesado de girar sobre los temas que son los más comunes a la escolástica. Y si de lo más eminentemente especulativo pasamos a lo que más en concreto nos atañe como españoles, alguna explicación ha de encontrarse al hecho de que España, históricamente, es de los pocos países donde las palabras nación y noción parecen estar, como en ningún otro sitio de la tierra, más cerca la una de la otra y, sin embargo, se halle actualmente en tal estado de desazón e indignancia que Dios quiera sea pasajero y momentáneo.